DELEGACIÓN INAH MORELOS
724
Mayo 1, 2016
La Jornada Morelos
el tlacuache
SUPLEMENTO CULTURAL
Ganador del Reconocimiento al Mérito Estatal de Investigación 2014 en la Subcategoría de Divulgación y Vinculación

De Hueyapan a Nueva York, Living Las Vegas: Jóvenes y migración indígena

Dr. Ricardo Pacheco Bribiesca
Programa Etnografía de las Regiones Indígenas de México al Inicio del Milenio
Equipo Regional Morelos
riclaupacheco@yahoo.com.mx

Con la colaboración de Crispin Mariaca Castillo
Proyecto: "Somos Hueyapan New York"
kbcristo103@gmail.com

Desde finales del siglo XX y en las últimas dos décadas, el flujo de personas que migran de Hueyapan, hacia la Unión Americana, no sólo se intensifico, sino se diversifico, alcanzando lugares tan distantes, como Nueva York, en la Costa Este, del vecino país. Tal distanciamiento geográfico, propicio en gran medida que familias enteras de hueyapeños se quedaran a radicar en el lugar, apoyando a otros de sus congéneres para arribar al lugar, y al paso de los años conformar una comunidad, constituida hoy en día, por inmigrantes de varias generaciones, pero también por sus descendientes nacidos ya en suelo americano.

Vista del centro del pueblo de Hueyapan.
Autor: Ricardo Pacheco

Para alcanzar a los que se fueron antes, y reunirse con familiares y amigos, los inmigrantes, tienen que experimentar viajes peligrosos y extenuantes, por una intricada red de caminos, entre México y los Estados Unidos. A bordo de distintos transportes, entre los que se encuentran, vehículos automotores, aviones y trenes, los inmigrantes atraviesan las dos naciones, para llegar con su gente, y arraigarse en un nuevo lugar, desde donde buscan apoyar a los que se quedaron.

La siguiente historia de vida, narra la experiencia migratoria de un joven, que desde la marginación de su pueblo natal en Hueyapan, Morelos, busca a toda costa, llegar también con los suyos. Con aquellos que se le adelantaron, en vivir el sueño americano.

El inicio del viaje

Hace diez años, si eras menor de edad y querías salir de Hueyapan, rumbo a los Estados Unidos, era necesario que tuvieras un documento que certificara tu procedencia. En aquella época, los jóvenes como yo, necesitábamos una carta de identificación, que en la misma ayudantía municipal nos proporcionaban. Una vez, que tenias dichos documentos, estabas listo para partir. En aquellos años, cuando yo decidí venir, aún no eran muchas las personas de Hueyapan que se encontraban en el norte.

Mi experiencia migratoria, inicia como tal, en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, junto con un grupo de aproximadamente diez personas, con quienes viaje hasta Sonora. Para mi, ese viaje, fue algo muy emocionante, pues fue la primera vez que viajaba en avión. Lógicamente también tenía miedo, pues no sabia lo que me espera mas adelante. Al subir al avión, fue notorio, que nos íbamos a la frontera, a cruzar de ilegales, pues nuestra forma de vestir era muy llamativa. Así lo deduje, al ver como vestían, otras de las personas que también abordaron el vuelo. Ver por primera vez los cielos, fue algo indescriptible, me fascino ver las nubes y las montañas. Así de inspirador, fue mi primer viaje en avión.

El encierro

Al llegar a Sonora, ya nos esperaban quienes nos pasarían al otro lado, y una vez que llegamos, nos trasladaron en camión hasta Nogales, en donde nos hospedaron en un hotel, del cual nos prohibieron salir. Desde ahí en adelante, todo lo que necesitábamos se lo teníamos que pedir al coyote o pollero, como otros le dicen. En el hotel, fuimos separados, hombres y mujeres, y únicamente se nos permitía reunirnos para comer. Todos éramos del mismo pueblo, y por ello había mucha confianza. Durante los tres días que pasamos encerrados en aquel hotel, platicábamos de nuestros sueños, mientras que otros nos contaban anécdotas que antes habían vivido. Platicas, de historias tristes, en donde tampoco faltaban las risas de locura. Todas relacionadas con nuestro pueblo, Hueyapan.

Durante aquél encierro, experimente terriblemente la necesidad de ver la luz del Sol, pues para mi, era algo abrumante estar encerrado,

ya que desde niño, me sentía libre como las aves, o los animales salvajes. No podíamos salir, por que de un momento a otro, los coyotes nos darían la señal para partir. Así, que ahí permanecimos los tres días, hasta que por fin llego el día de partir.

El día, que nos dieron luz verde para salir de aquel hotel, ya todo esta listo y preparado, y a cada uno de nosotros, nos entregaron una bolsa con víveres y un galón de agua para el siguiente trayecto. Ese mismo día, recibimos las instrucciones, sobre como deberíamos comportarnos hasta llegar a la frontera, pues debíamos actuar como si no nos conociéramos y reconocer a quien íbamos a seguir, es decir al coyote alfa, o el guía. El día que salimos del hotel, subimos a un autobús y actuamos como se nos pidió. Aunque dudo mucho que allá servido de algo, pues creo que la gente se dio cuenta, de que éramos un grupo de migrantes, listos para internarnos en el desierto.

El cruce por el desierto

Después de varias horas de viaje, llegamos a una zona árida y seca, donde el bus hizo parada, y el guía se bajo. Enseguida todos, uno por uno, salimos siguiéndolo. Nos adentramos entre algunos arbustos, y posteriormente bajamos por una ladera, que parecía más una barranca, aunque no muy profunda. El guía, nos iba dando instrucciones, sobre como actuar, si alguien aparecía en medio del camino. Y en efecto, entre mas nos adentramos en el desierto, vimos como otras personas, llevaban la misma ruta que nosotros.

Tiempo después, llegamos a una curva, por donde pasaba el agua a través unos tubos gigantescos, que tuvimos que cruzar. Mientras lo hacíamos, a lo lejos, se escuchaba a alguien gritar. Se trataba de un hombre armado, que con paso lento se nos acerco, para asaltarnos. Con anterioridad, el guía nos había dicho que lleváramos un billete de cincuenta o cien pesos, para quien nos detuviera en el camino. El asaltante, un señor de aspecto delgado y cabello canoso, nos formo a todos, y nos amenazo con matarnos, si nos negábamos a entregarle el dinero. Aunque ya estábamos preparados, fue un momento de adrenalina y miedo a la vez, al pensar que todo podría acabar en un instante. Después, bajo amenazas, nos desnudó a todos, para cerciorarse de que no lleváramos más dinero en nuestras partes intimas, para por fin, dejarnos ir.

Pasado el robo, caminamos por un largo rato, hasta que el guía decidió tomar un descanso. Ahí, esperamos hasta el anochecer, pues según el guía, de noche sería más fácil caminar y tendríamos menos peligro de ser atrapados por la migración. Estando ahí, el desierto no era árido, ni lleno de arena, como me lo había imaginado, o me lo habían contado, y se parecía más a los campos que se encuentran en el sur de Morelos. Como las tierras que rodean el Cerro Gordo, cerca de Amayuca.

A oscuras, bajamos por barrancas arenosas con muchas piedras, y cruzamos por donde había arbustos con muchas espinas, que hacían muy difícil nuestro travesía. Más tarde, llegamos a un lugar donde nuevamente reposamos un rato. Teníamos prohibido hablar, y la encomienda de ser muy sigilosos. Junto con nosotros, iba una joven de nuestro pueblo, de nombre Lorena, quien decidió dormir junto a mi, por temor a que alguien le hiciera daño. Ella y yo, con nuestros cuerpos, nos dimos calor mutuo, ante el tremendo frío que se sentía de noche en el desierto. Gracias a un reloj, que no me quito el señor que nos asalto, supe que aproximadamente cerca de las cuatro de la madrugada, fue cuando el guía nos despertó, para continuar caminando, rumbo “al sueño americano”. Aún en mis pensamientos, me preguntaba por aquel anhelado lugar: ¿Cómo sería? ¿Qué lugares me esperarían? Mientras lo hacia, le pedía a dios por mi familia. Oraba por que llegáramos con bien.

A las puertas de Tucson

En cuanto empezó a salir el Sol, ya estábamos lejos de México, y caminábamos en tierras americanas, rumbo a Tucson, Arizona, para ser más precisos. No recuerdo muy bien, a que hora un carro paso por nosotros, en un lugar cerca de una carretera. Supongo que ellos, ya sabían mas o menos, a que hora tenían que pasar por nosotros, pues ellos tienen los tiempos medidos con exactitud, pues para ello no hay margen de error. Cuando subimos al carro, pensé que ya estábamos cerca de llegar, pero eso no fue así. En el auto, todos íbamos amontonados, y muy incomodos, algunos incluso se fueron dentro de la cajuela. Viajamos aproximadamente dos horas, y durante el trayecto, el guía nos dio nuevamente instrucciones, sobre lo que deberíamos de hacer al llegar.

Cascada El Salto. Barranca del río Amatzinac
Autor: Ricardo Pacheco

Cuando llegamos a cierto lugar, salimos corriendo del carro, uno por uno. Y siguiendo al guía, cruzamos por donde había mucha hierba, y caminamos un largo rato, hasta llegar a un lugar en donde había árboles no muy altos. Ahí el guía nos dijo que comiéramos por última vez, ya que más adelante no tendríamos que llevar nada. Comimos unos sandwiches de atún y algo de queso americano. De hecho, la comida no alcanzo para satisfacer a todos, pero fue suficiente para pasar el día. Por tratarse de una tarde muy caliente, ahí permanecimos hasta que anocheció. Como no podíamos hacer ruido, ni hablar muy fuerte, nos quedamos dormidos por largo rato. En una de esas, escuche que me trataban de despertar, y cuando lo logre, me dijeron que me quedara quieto, ya que una serpiente venia bajando del árbol. No se que tipo de serpiente era, pero tenía unos cuernos pequeños en su cabeza. Bajo lentamente, y nadie hizo ningún movimiento, y muy despacio se fue.

Una vez siendo de noche, abandonamos los últimos víveres que nos quedaban, y nos dispusimos a caminar al lado de un río. Aparentemente parecía un camino muy fácil, pero el clima cambió. Ya no era el calor seco, que se siente por el centro de México, sino un calor húmedo. Era la sensación de vapor cálido en el aire, que no conocía y nunca había sentido.

La necesidad de agua y la deshidratación

Caminando, la sed se hizo cada vez mas fuerte entre nosotros, y al no poder continuar así, comenzamos a pensar en beber el agua del río. En el camino, había botellas de PET que podíamos usar para recoger un poco de agua. Tratamos de aguantar la sed, lo más que pudimos, pero fue imposible soportar el calor y la humedad del aire.

La sorpresa mas grande, que nunca podre olvidar de mi trayecto ha-

cia los Estados Unidos, fue tomar agua de drenaje, una experiencia horrible, pero también una necesidad. En efecto, el río se mezclaba con aguas negras, y su agua tenia un olor y un sabor desagradable, que sólo pudimos palear tenuemente, al filtrarla con nuestras ropas, antes de beberla.

Cuando uno está al extremo, sientes que no hay solución, que no queda de otra, más que reaccionar ante la necesidad. Esa parte del viaje, jamás la podre olvidar, ya que Hueyapan, se caracteriza por tener un agua muy cristalina y buena, que baja desde el volcán. No podía creer lo que había hecho, pero lo hice por necesidad. Después de beber agua de ese río, moralmente me sentía fatal.

Después del río, pasamos por caminos espinosos y por lugares en donde habían muchos alambres de púas. Sin embargo, no tardamos mucho en llegar a un lugar, donde nuevamente nos iban a levantar. Era de noche y lo único que mirábamos eran las estrellas. Llegamos a un tramo lleno de arbustos, cerca de una carretera, y esperábamos a quienes nos iba a recoger. Tardamos como dos horas ocultos, viendo como los carros pasaban en raras ocasiones, hasta que finalmente llegaron por nosotros.

Un nuevo encierro

Subimos al carro, y como anteriormente ya habíamos subido a uno, ya teníamos la idea de cómo acomodarnos rápido. Cada quien, ya sabia su lugar respectivo. No se ni cuanto tiempo paso, hasta que llegamos a una residencia. Bajamos sigilosamente del carro, y nos llevaron al interior. En la casa estaban dos encargados que cuidaban de ella, y para no variar, fuimos separados. Las mujeres fueron a un cuarto y los hombres a otro.

Para esos momentos, llevamos días sin bañarnos, y nos dieron unas toallas a cada quien, para que nos bañáramos y un cepillo de dientes. Lo primero que hice cuando me toco entrar al baño, fue cepillarme la boca, ya que quede traumado, con el agua que habíamos tomado del río sucio.

Las personas encargadas de la casa, donde nos tenían guardados, salían frecuentemente a comprar comida, y otras cosas, para otros migrantes que venían llegando después de nosotros. La verdad, que en esa parte fui afortunado, ya que he escuchado historias de malas experiencias, en este tipo de situaciones. Cocinábamos por grupos, dependiendo los que habíamos llegado juntos a la casa. Desde ahí, se hacían llamadas frecuentes a nuestros familiares en los Estados Unidos, que tenían que pagar, el paso de cada uno de nosotros. También nos daban la oportunidad, de llamar a nuestras familias en México, para decirles que ya estábamos dentro de la Unión Americana. Así, duramos otros tres días encierro, viendo cinco películas que tenían, y la televisión. Comiendo y durmiendo, y así sucesivamente, hasta que llego nuevamente el momento para partir.

Yo le hable a mi papá, que se encontraba en Atlanta, Georgia. Él quería que me fuera con él, pero en ese momento, tomé la dura decisión de irme a Nueva York, con mi tío, de quien estaba acompañado. La verdad, es que mis amigos estaban allá y quería verlos. Quería encontrarme con ellos, y ver a mi familia, pues como no crecí con mi papá, pensaba entonces que me sería difícil adaptarme a él. Al Hablar, le dije a mi papá que pasaría un tiempo en New York, y que después me iría con él. Él no estuvo de acuerdo, pero acepto mi decisión.

Living Las Vegas

Las personas de la casa, ya tenían ropa y zapatos nuevos para nosotros, todo listo para camuflajearnos. Así, mi grupo de más o menos siete personas, todos de Hueyapan, salimos rumbo a Las Vegas, Nevada. Desde ahí, tomaríamos el vuelo, ya que hasta donde tengo entendido, para esos momentos, la policía de migración estaba muy fuerte en los aeropuertos de Arizona. Entonces para evitarnos algún problema, nos dirigimos a Las Vegas.

Fueron mas de seis horas de carretera, desde Tucson hasta Las Vegas. Sinceramente mis pompas ya estaban muy adoloridas. Viajamos por hay de las tres de la tarde, y todo lo que veía por la ventanilla del auto, era nuevo para mi. Era tan impresionante todo lo que veía en el camino, que no podía despegar los ojos de la ventanilla. Me fascinaba la idea de llegar hasta Nueva York. Cuando cayó la noche, vi a lo lejos, las luces intensas de Las Vegas, y mientras lo hacía, pensaba

El joven Crispin Mariaca en la Isla de la Estatua de la Libertad, y al fondo de paisaje, The Downtown Manhattan (bajo Manhattan). Autor. Natalia Cortes Ariza.

en lo que había dejado atrás. Pensaba como estarían mis padres, mis animales, mis amigos, mi familia, y miraba de frente, añorando un mejor futuro para ellos.

Después de un largo trayecto, llegamos a Las Vegas y todo era fantástico. Había edificios llenos de luz y de color. Para mi, era como un sueño, hecho de fantasía, que jamás había visto. Todo se me hacia interesante, ya que todo era nuevo para mi. Los caminos, las personas, el aeropuerto de Las Vegas. Todo lo que veía, era nuevo. Todo.

En otro aeropuerto

Parqueamos el carro cerca del aeropuerto, cuando ya era de noche y entramos en el lugar. No recuerdo bien, si ya teníamos los boletos o si los compramos allá. Ahí, tuvimos que esperar la hora de abordar. Por suerte, uno de mis tíos que viajaba junto con nosotros, ya había venido con anterioridad, y aunque no hablaba muy bien el ingles, al menos entendía, pues el guía que nos había llevado hasta el aeropuerto, no podía tener contacto con nosotros dentro, sólo tenía que observarnos desde lo lejos, y asegurarse de que abordáramos el avión rumbo a Philadelphia.

Llegado el momento del abordaje, seguimos a mi tío, que ya conocía mas o menos el sistema de este país. Abordamos el avión y nos dirigimos rumbo a Philadelphia. Según teníamos entendido, tenía que ser de esa forma, ya que en aquel entonces, en Nueva York, estaban fuertes los retenes de inmigración dentro de los aeropuertos. De esa manera, la forma de llegar allá, era acortar la distancia a otro lugar, y después viajar en tren a nuestro destino.

Al subir al avión, fue impresionante ver nuevamente todas las luces de esa ciudad. Nunca había visto nada igual, entonces todo me fascinaba. No dejaba de admirar el paisaje luminoso de Las Vegas. Quería que ese momento durara más, pero a la misma tiempo, soñaba con poder ver otras cosas. Conocer nuevos lugares, era algo indescriptible para mi.

Cuando llegamos a Philadelphia, ya era de madrugada. Todo iba bien hasta ese momento, el único inconveniente era el sueño, pues no había dormido nada, por la emoción y ansiedad que experimentaba. Mi tío, era el único que tenía dinero, para podernos mover, de un lado a otro. Desde que llegue a esa ciudad, me di cuenta de su bella arquitectura, moderna y antigua. Lo pude notar, por su estación del tren. Que se veía tenia años de antigüedad. A comparación de la ciudad, llena de grandes edificios. Todo parecía impresionante ante mis ojos, aunque me estaba muriendo de sueño.

El viaje en tren

Dentro de la estación del tren, subimos a una cafetería y nos sentamos a esperar, en lo que mi tío y otro amigo buscaban información para ir a Elizabeth, New Jersey. Esa seria una de las paradas que rea-

lizaríamos, o mejor dicho, un lugar de paso, ya que uno de los que venia con nosotros, se quedaría ahí, pues era un lugar a donde ya había venido con anterioridad.

No duramos mucho para llegar a Elizabeth, en donde realizamos un transfer, o sea un cambio de tren. Allí, nos despedimos de nuestro amigo, quien ya había llegado a su destino, y sólo faltábamos nosotros. Tenía tanto sueño, que en lo que esperábamos el siguiente tren, me senté en un nuevo asiento, para medio dormir. Cuando al fin, llegó el tren. Lo abordamos. Aunque con sueño, aún seguía emocionado. El tren siguió su rumbo y nosotros en el, estábamos tan cerca, pero tan cerca, que en algún momento pude ver la ciudad a lo lejos. Finalmente, después de quince días de viaje, un quince de mayo de 2004, llegamos a la estación del tren Penn Station, en Nueva York.

Consideraciones finales

Como muchas otras historias migratorias, el relato del joven Crispin, nos habla de los riesgos y las dificultades, a las cuales se enfrentan las personas, que deciden dejar sus pueblos en México y cruzar la frontera internacional, en busca del sueño americano. Si embargo, como vivencia, la narración, también nos muestra, otra cara de la migración juvenil, en donde los motivos económicos, las estrategias laborales y las redes de paisanazgo, se entre mezclan con la búsqueda de nuevas experiencias y aventura. Migrar, para muchos jóvenes del medio rural e indígena, en México, no sólo es una oportunidad para mejorar sus condiciones económicas y ayudar a sus familias, sino también puede ser la única posibilidad, para viajar y conocer otros lugares. Se trata de un viaje, que amigos, vecinos y familiares, antes han emprendido. Un viaje largo o periplo, que por sus características de aventura, otros jóvenes, también quieren vivir, y que en el mejor de los casos, termina nutriendo positivamente sus biografías personales.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

INAH

CENTRO INAH MORELOS 2016 abril
Actividades y eventos

2 al 13
Taller
Dejando huella
Yolanda Román Rodríguez

10:00 h
Zona Arqueológica de Teopanzolco

Sobre una piedra, una teja, un bule o un separador se dibujan motivos prehispánicos

Martes 3
Proyección
Un gran dinosaurio
Conmemoración del Día del Niño
Museo de Sitio Xochicalco
- Estacionamiento -
19:00 h
Colaboración con la Secretaría de Cultura de Morelos, Dirección de Cultura de Temixco y Dirección de Cultura de Miacatlán

Cupo limitado
Favor de confirmar asistencia

Miércoles 4
Presentación editorial
Psicolabis de letras
Fernando Arellano
Asociación de Periodistas
Museo Regional Cuahnáhuac
- Auditorio Juan Dubernard -
16:30 h

Jueves 5
Proyección de documentales
- Las disputas por la Nación. El imperio de Maximiliano y la República Juarista -
- Una Paz Inquieta. La república liberal y el consolidamiento del Porfiriato -
México, INAH, 2010
17:00 h
Museo Histórico del Oriente "Casa de Morelos"

Sábado 7
Exposición temporal
Mitos de diosas y animales
Grabados de Rosario Crespo
12:00 h
Museo y Centro de Documentación Histórica Exconvento de Tepoztlán

Cine Club del Palacio de Cortés
Ciclo: La mujer en el cine mexicano contemporáneo
Un día especial (Una giornata particolare)
18:00 h
Museo Regional Cuahnáhuac
- Auditorio Juan Dubernard -

Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés -
01 (777) 3 12 69 96 / 3 12 81 71 ext. 258103
palaciodecortes@inah.gob.mx

Museo Histórico del Oriente - Casa de Morelos -
01 (735) 3 52 83 31
museocasademorelos@hotmail.com

Museo de Sitio y Zona Arqueológica de Xochicalco
01 (737) 3 3 74 30 91-92
xochicalco.mor@inah.gob.mx

Centro de Documentación Histórica y Ex Convento de Tepoztlán
01 (739) 3 95 02 55
exconventodetepoztlan@gmail.com

Zona Arqueológica de Teopanzolco
01 (777) 3 14 12 84

Zona Arqueológica de Chalcatzingo
difusion.mor@inah.gob.mx

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

www.cultura.gob.mx | www.gob.mx/mexicoescultura | www.inah.gob.mx

el tlacuache
INAH
Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial
Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar
Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada
Laura Elena Hinojosa Hinojosa

Coordinación editorial de este número: Luis Miguel Morayta Mendoza

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores